



LA CONFESION

DE AMOR

Ó LA NIÑA ARREPENTIDA

A LOS PIES DEL CONFESOR.

En el año no se cuantos
y en el día que se yo,
una muchacha de garbo
fué á buscar un confesor.

Era una prenda escelente:
de lo mas bueno el mejor;
era la sal, la canela
y de las niñas la flor.

Apenas sus veinte años
contaba, y era un primor
verla andar por esas calles

y oír su tan dulce voz.

Su cintura, delgadita;
su cuello, de gran blancor;
su manita... ¡ay! la mas buena
para calmar un dolor.

Su boca, la mas risueña
y encarnada en su color;
sus dientes, los mas hermosos;
sus ojos, eran de amor.

Su airoso pié pequeñito,
su vestir, su buen humor,



la ancian hermosa, fresca,
Dios nos libra del calor.

Y en fin, llorosa, muy triste
cual delante el Redendor,
estaba la pobre niña
á los pies del confesor.

Fué á buscar un religioso
que le curase su mal,
pues estaba sin reposo
por una culpa mortal.

Y así pues entre sollozos,
golpes al pecho y demás,
á los pies del sacerdote
empezóse á confesar.

Niña. En un convento metida
léjos del mundo y del trato
con modestia y con recato
con ayunos y rezar,
por la mañana asistia
con las demás en el coro,
y en este mundo que adoro
no queria no pensar.

Confesor. Muy bien hija deste modo
se puede el alma salvar.

Niña. Pero padre estaba loca
cuando en tal casa entré;
pues sabia que en el mundo
habia un jóven hermoso
que me quitaba el reposo
el reposo y no se qué.

Confesor. ¡Niña!

Niña. Ay padre
estoy afligida
y sin rayo de fé,
¡Señor! pequé.

Confesor. No se atemorize hija
que aquí hay un padre amoroso
que le volverá el reposo
la vida y felicidad.

Niña. Ay padre; es imposible,
que me vuelva V. la vida:
la conciencia tranquila
yo jamás no me veré.

Confesor. No tema, no, buena niña;
ya mejorará de vida.

Niña. Ay padre,
estoy afligida
y sin un rayo de fé,
¡Señor! pequé.

Confesor. Deje V. el llanto y tristura;
no se atemorize nó:
sea cual fuera su culpa
hable V. que aqui estoy yo.

Somos padres amorosos
y recibir á los contritos,
es obligacion que Cristo
nos impuso al profesar;
deje V. todo recelo
esplicame aquí su vida.

Niña. Ay padre, la culpa mia
es grande... no puedo hablar
porque estoy muy afligida
y sin un rayo de fe,
¡Señor! pequé.

Confesor. Hable V. niña por Dios,
no se olvide ningun hecho;
que por su propio provecho
va á explicarse al confesor.
Por grande que sea el pecado
que V. haya cometido,
no tema V. que aturdido
me deje aqui niña no:
porque como á muy versado
en estas confesiones,
ya sé lo que son amores
y sus resultas sé yo.

Niña. Ay padre soy inocente:
no tengo malicia alguna.

Confesor. Lo conozco criatura
empiécese V. á explicar:
acérquese mas querida
no tendrá que hablar tan alto,
y esplíquese V. despacio
sin ningun lance olvidar.

Niña. Apenas los quince años
contaba, que cierto dia
me quitaron de esta vida
la dicha y felicidad.
Ay padre; yo avergonzada
estoy de que un caballero....

De vergüenza aquí yo muero
porque fué una liviandad.

Confesor. Explíqueme pues su vida.

Niña. Ay padre,
estoy afligida
y sin un rayo de fé,
¡ Señor! pequé.

Confesor. Toda su culpa y pena
me puede bien revelar;
que aquí estoy pronto á escucharla
y el pecado perdonar.

Niña. Era aun muy tiernecita
que un señor oficialito
muy hermoso y muy bonito,
por mi calle ví pasar:
mi madre habia salido
y muy amable y prudente,
me dijo muy diligente
que me tenia de hablar.

Confusa quedé y pasmada
y se aumentó mi asombro,
al oír que *yo te adoro*
decia con espresion:
niña hermosa cual la luna,
prosiguió: *yo estoy muriendo:*
si me corresponde luego,
salvará mi corazon.

Yo quedé al pronto turbada
y mis ojos ¡ Ay! le dieron
un fatal sí que cumplieron
para mi perdicion

Confesor. Esto no es nada hija;
amor no quita la vida.

Niña. Ay padre,
estoy afligida
y sin un rayo de fé,
¡ Señor! pequé.

Mi madre ya sabedora
de nuestra correspondencia
hizo pronta diligencia
y á un convento me encerró;
mas al verme allí inocente
encerrada á mi despecho,
saltaba del triste lecho
y entonces lloraba yo.

Y al mirar la mi hermosura
cubierta con negro velo
y claustros y coro y hierro
que sirven de sepultura,
delirando de amargura
me llegaba á adormecer;
y entre tanto padecer
yo besaba allá en el sueño,
á aquel jóven; ya mi dueño,
creyendo que iba á ser.
Cansada de sufrir tanto,
de suspirar y gemir,
cansada ya de vivir
en tal triste soledad,
un billete recibido
de mi amante en fatal dia
me dijo: *querida mia*
al fin te vendré á salvar.

Confesor. Esta carta señorita,
ya creo que V. enojada
al momento entusiasmada
al vivo fuego la hechó.

Niña. Ay padre, muy al contrario
pues esta carta querida,
la conservo con mi vida
y al pecho la guardo yo.
Y lo prometo aquí, padre
que si mil vidas tuviera,
mil vidas por ella diera
y mil vidas perdiera yo.

Confesor. Pues esto es un gran pecado,
y esta carta me ha de dar.

Niña. Esto, padre, es imposible
y esto, no podrá lograr.

Confesor. Hija, le digo enseguida,
que yo no la absuelvo á V.

Niña. Y yo replico afligida
¡ buen padre, perdóneme!

Confesor. Adelante.

Niña. Despues de cartas y señas
y derramando dinero,
al cabo de poco tiempo
fuera del claustro me ví;
mi amante estaba esperando
y cubriéndome de besos,

me juró un amor eterno
y al momento le seguí.

Confesor. V. debía al instante,
reunirse con su madre;
todo el crimen explicarle
y llorar por su perdón.

Niña. ¡Ah padre! no lo hice nó:
pues alegre y complaciente,
en habitacion decente
al punto me colocó.
Mi casa con mucho gusto
visitaba noche y dia
para la desgracia mia
que no puedo remediar.

Confesor. No se aflija no hija mia,
hábleme sin cortedad.

Niña. Yo sencilla, á las caricias
correspondí mútuamente:
y él astuto y diligente
me besaba sin cesar.

Confesor. Hija mia era el demonio
que la hacía V. pecar.

Niña. Con los brazos amorosos
me apretaba allá en su pecho
y con tanta caricia y beso,
me llegó á enonadar:
yo no pude resistirle;
me cubrió toda de besos,
perdí los sentidos y luego.....
no puedo mas explicar.

Confesor. Al fin triunfó el diablo;
V. fué débil y flaca
y sin conocerlo hija amada,
su honor y fama perdió.

Niña. Es muy cierto padre mio;

pero el amor es tan bueno,
que si encontraba otro luego
no le diria que no.

Confesor. ¡Santa Elena te acompañe!
¡Qué es lo que está diciendo!

Niña. Si el amor es tan bueno...

Confesor. Pero no es muy saludable.
En fin: niña, te aconsejo,
y lo digo por tu bien:
vénte al convento hija, ven,
y llora allí de dolor.
Con penitencias y ayunos
ruega al Señor de los Cielos...

Niña. Ah, no, padre; yo prefiero,
el vivir siempre en amor.
En fin, este es mi pecado
os lo digo arrepentida
porque estoy muy afligida
y sin un rayo de fé:
dadme la bendicion luego
lo pido de corazon,
dadme pues la bendicion...
perdonadme yo pequé.

Confesor. Te pongo por penitencia
el volver hoy con tu madre;
de casa jamás marcharte
y pedirle su perdón:
de otra manera hija mia
fueras de Dios maldecida,
y acabarás si, tu vida
sin lograr la salvacion.

Niña. Lo prometo por mi vida,
no lo volveré á hacer mas.

Confesor. Pues ego te absolvo hija mia
y véte que absuelta estás.

FIN.

Imp. de José Tauló, calle de Cirés n.º 5.—1861.

Barcelona: En casa Juan Llorens, Calle de la Palma de Sta. Catalina.

